

## EL PRECIO DE LA LIBERTAD

Debería sentirme feliz, orgulloso, satisfecho... He ayudado a erigir templos a la reina de los dioses, podría ser un "ludi magister" o hasta un cargo mayor, tengo dinero y bienes heredados es más de lo que cualquiera de mi estatus social puede siquiera desear, he dejado de ser un esclavo ufano para ser liberto melancólico.

Yo solo quiero volver al pasado, días a atrás cuando él aún estaba vivo. Su muerte no ha merecido la pena, la mía en cambio hubiese servido de más.

Me llamo Sergius, desde que mi dueño Cnaeus Iunius murió y se me otorgó la libertad soy más conocido como Cnaeus Sergius. Aunque eso no es lo realmente importante.

Recuerdo poco de mi infancia, a los 8 o 10 años pasé a ser propiedad de la familia de Iunius, la mejor familia que me podía haber comprado. Mi patrón y dueño me repetía siempre que valía la pena haberme comprado tan caro, yo sonreía ante estas afirmaciones pues era consciente de ser tan inteligente y educado como el cartel que me pusieron a la hora de venderme indicaba, mas no me gustaba presumir de ello.

Respecto a mi fuerza física es algo que siempre me ha fallado, pero desde que comencé a trabajar en la construcción del templo a Juno en el foro Holitorio mi masa muscular había aumentado considerablemente, al principio me costó mucho levantar aquellas grandes piedras, picarlas y moverlas de un sitio a otro, era una labor imposible pero la idea de poder pasar la noche con Cnaeus y verle al día siguiente me mantenía con fuerzas.

De pequeño recuerdo jugar con Cnaeus, el hijo primogénito, a juegos de niños dentro y fuera de la casa, como otro más de los hijos familia pues aún era demasiado pequeño para ayudar en algo y mi única preocupación era divertirme y ser educado para después servir mejor a los Iunius. Cnaeus fue mi mentor y entre las clases y el afecto que recibía de él, pasó a ser mi erastés y yo su fiel erómeno.

Al principio se me hizo raro, nunca me había sentido así, yo era un joven susceptible que si quiera sabía que existía ese sentimiento, había leído en libros sobre él y sabía que en Grecia aquello estaba mucho mejor visto que en la actual Roma.

Filósofos y emperadores como nosotros había habido a montones, pero no podía quitarme ese sentimiento de culpabilidad y sabía que como se enterase alguien o aquello fuera a más iba a ser mucho más que un sentimiento, aquel comportamiento, sentimiento, amor ... se estaba volviendo cada vez peor visto en la sociedad y no alcanzaba a comprender el porqué.

Por eso nuestra vergonzosa relación se mantenía en secreto, siguiendo el ejemplo de los griegos, Cnaeus estaba siempre a mi lado, como mi mejor amigo y amante educándome y tratando de formarme militarmente.

Así fue como entré en la obra del foro de Holitorio, pues mi amo estaba convencido de que aquello me daría más resistencia y fuerza, estaba en lo cierto.

Cuando entré en aquello por primera vez solo había un mercado por el que ya había pasado varias veces acompañando a la mujer del pater lunius y madre de Cnaeus a comprar las verduras. Mas ahora aquello parecía una metrópolis en pleno apogeo, hermosos y fornidos romanos llevando piedras gigantes de un lado para otro sin el menor esfuerzo solo para honrar a los dioses y hacer de aquel mercado un conjunto monumental de edificios religiosos consagrados. Me parecía increíble, no podía creerme que a partir de ahora iba a servir no solo a lunius sino también enriquecer y mejorar Roma. Incluso con ese entusiasmo inicial sois conscientes de lo que me costó adaptarme a todo aquel galimatías, y como dije los días se hacían largos sin Cnaeus a mi lado.

Tampoco puedo quejarme él supervisaba y dirigía la obra y sus ojos grandes, observándome desde arriba, portadores de la belleza de Narciso y la amabilidad de Filofrosine era lo mejor que podía tener.

Él me hablaba con ternura incluso si debía mostrarse firme y renegarme, se notaba que era el favorito de sus esclavos.

Cuando el templo a Juno estaba casi acabado, he de decir que tardamos mucho más de lo esperado en llegar a ese punto (y eso que yo me había incorporado cuando la alta escalinata de la fachada ya estaba acabada.) me dirigí hacia la casa de Cnaeus, como tantas otras veces donde me esperaba una buena cena. Pero aquel día fui incapaz de pasar por la puerta y volví al foro lamentándome y sollozando, con un ardor en el pecho que hasta aquel entonces solo había imaginado por la lectura de textos antiguos, por suerte para mí era tarde y apenas había gente para verme en tan patética situación.

Cnaeus estaba con una mujer, y yo me sentía morir por aquello, era lo más estúpido que me había pasado nunca ¡Enamorarse de otro hombre era una locura inaceptable! Aquello que sentía no podían ser celos, pero qué otra cosa iba a ser... Cnaeus estaba en la edad, iba a casarse y por lo tanto a abandonarme, no podía soportar aquello. Era una insensatez del tamaño de Roma enamorarme de él, pero no había sido a propósito, yo nunca quise algo así. Estaba convencido de que era mero deseo o admiración lo que me hacía feliz cada vez que lo veía, pero no, aquello era amor y aún me culpo a mí mismo por tal atrocidad.

Cuando me encontró a la mañana siguiente Cnaeus estaba furioso y decepcionado, me golpeó la cara lleno de rabia. Se había puesto histérico porque había desaparecido la noche anterior sin previo aviso, noche que él se había pasado preocupado por mí. Cuando me pregunto por qué lo hice, me costaba articular palabra, pero me armé de valor y le contesté "Te vi con tu futura esposa y no supe cómo reaccionar, me encontraba mal y no quería arruinar nada por lo que simplemente hui". En aquel instante su expresión seria cambió y me estrechó entre sus brazos, no me lo podía creer estaba

abrazándome en público delante de cientos de romanos, mi amor era correspondido.

Aquella tarde estuvimos hablando, nos refugiamos en el templo dedicado al numen de la Piedad, justo al lado del inacabado templo a Juno. En esas horas no había nadie. “Mi querido Sergius, como patricio mi deber es casarme y complacer a mi padre, tener una buena descendencia y que la diosa a la que llevamos meses construyendo este templo nos conceda el favor de tener una próspera familia, pero te quiero” mi corazón se aceleraba con cada palabra que decía “y no me importan lo que digan otros, no voy a consentir que te quedes en mi casa para verme sufrir mientras estoy con una mujer. Eso solo nos hará daño a los dos.” Su plan era conseguirme la manumisión de forma solemne, así yo podría ser un hombre libre, y trabajar por mi cuenta y ascender de clase todo con su permiso, en otra ciudad lejos de toda aquella tragedia que nos rodeaba.

Esto puede parecer algo sencillo de lograr, pero no lo fue, no lo fue en absoluto.

Primero tratamos de hacerlo “per vindicta” es decir mi dueño presentó su deseo de hacerme libre ante un magistrado, pero este magistrado había oído rumores sobre nosotros y aunque tratamos de negarlo la sentencia fue considerada nula. La siguiente manera por la que lo intentamos fue “in sacrosanta ecclesia” pero ya os imagináis que fracasó, si hombres de alta clase no nos aceptaban y creían aún menos algún obispo iba a querer ser nuestro testigo y concederme libertad. Todo aquello había sido una pérdida de tiempo que acababa con la paciencia de mi buen Cnaeus.

Ni siquiera la alegría de haber acabado tan hermosa obra arquitectónica le devolvió la sonrisa al rostro, pasaba los días decaídos hasta que al final no pudo más.

Una mañana desperté y no lo vi en ninguna parte, corrí al foro y por toda la ciudad a buscarle, pero no estaba en ninguna parte, pasé el día fuera tratando de encontrarle, pero de nuevo todo fue en vano, regresé a casa tarde para encontrarme con su ya mujer en la puerta, que me miró con lágrimas en los ojos y me dijo “Lunius fue encontrado muerto, todo indica que se mató él mismo, el entierro será mañana.”

Tras llorar incontrolablemente me atreví a leer el testamento que su mujer insistía en enseñarme, en él me hacía libre.

La única forma que le quedaba (se notaba que estaba recién escrito) obviamente se trató de un suicidio y Cnaeus nunca me dijo nada, pues estaba claro que me opondría, él se sacrificó por mí y ahora que ya no está no veo motivos para seguir adelante, solo servirle y continuar viviendo porque así lo habría querido.

FIN.